

A PIE
DE CALLE



CATALINA
Gayà

JOAN PUIG



►► Unos jóvenes observan la panorámica de la ciudad desde el Turó de la Rovira, el sábado.

La cornisa atrae visitantes

En el bus permanecían una pareja de alemanes y dos mexicanos. Se acababa de bajar el último vecino del Carmel. «Cada vez hay más gente que sube a las baterías», había dicho a los mexicanos. El Turó de la Rovira, elevado a 262 metros y, de momento, fuera del circuito comercial, es un descubrimiento incluso para los barceloneses.

Lo decía **Jordi**, un joven de Sants, que el sábado llegó ahí buscando esa panorámica de Barcelona que «circula por Facebook». En esa exploración de lo digital a lo real, había descubierto la historia de las barracas del barrio de los Cañones y de la batería antiaérea que defendió Barcelona del ataque de los fascistas a partir de 1937 y hasta 1939. **Jordi**, como casi todos los vecinos de Barcelona que el sábado admiraban su ciudad desde esa cornisa, iba acompañado de un amigo, de un visitante. El amigo de **Jordi** es francés, se conocieron en Australia. ¿Vivías en Australia? «No, en Vancouver».

Los barceloneses descubren el Turó de la Rovira cuando hacen de anfitriones. El punto está demasiado lejos del día a día y demasiado cerca para una excursión. El sábado, había grupos de extranjeros que viven

en Barcelona haciendo pícnicos *a lo british*; familias catalanas que se interesaban por la historia de su país; deportistas con perros, y turistas –como la pareja de alemanes– que repetían visita a Barcelona. Estos últimos buscaban otra oferta en la ciudad: la que pisan los barceloneses, aunque, en realidad, no hubiera tantos ahí.

Desde la cornisa, se escuchaba la música de un estéreo muy potente. Era puro *perreo*. El Turó de la Rovira

Los barceloneses descubren el Turó de la Rovira cuando hacen de anfitriones

conecta al visitante con la guerra civil, con la dureza de la posguerra y con esa ciudad de obreros que vivía observando la Barcelona de los edificios del Eixample sin que, desde la llanura, los vieran a ellos.

Llegar ahí, en el 2013, es hacer arqueología de la ciudad posmoderna. Regresar a la ciudad informal, a la precariedad de la que, gracias a una metodología del reconocimiento de la historia, hay huellas. En el

Carmel, a finales de la década de los 50, vivían el 7% de los barceloneses. El barrio de los Cañones, donde está la batería, lo habitaron 600 personas que fueron ocupando los edificios de la guerra. Aún quedan baldosas rosadas de lo que fue una cocina o un baño. El agua, la luz, el asfalto hasta el bus llegaron por la lucha de los vecinos.

Decía **Sergi**, un italiano afinado en la ciudad, que desde esa panorámica de 360 grados se apreciaba que Barcelona «es verde» pese a que los barceloneses no lo sepan. Él descubrió el Turó de la Rovira porque un día, buscando parques, encontró «una escalera gigante» que lo condujo al mirador. El sábado estaba ahí con dos amigas italianas, de visita.

Lola, el perrito de **Aida**, se paseaba a sus anchas. Era **Aida** quien decía que antes había grafitos, que antes el espíritu era más canalla. Ahora, en el espacio que un día representó la esperanza de la resistencia, hay candados globales de esos que cierran las parejas esperanzadas.

A las 14.00 horas, el *perreo* se acababa y solo se escuchaba algún ladrido. Por fortuna, el Turó está metalmente tan lejos que aún no hay ni chirriguitos para turistas.

El camino a la cima o a la llanura está bordeado por cactus, por nopales. Preocupados, los mexicanos observaban la plaga blanca que cubre las hojas. En el Carmel, buscando estar lejos de los turistas, ya se ve algún que otro turista con el mapa en la mano. ≡